

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 1.º DE JUNIO DE 1905

NUM. 497



EN LA ESTACION DEL NORTE

EL JEFE, CON EL PITO EN LA MANO.—NO SÉ POR QUÉ, ME PARECE QUE ESTE ES EL ÚLTIMO PITO QUE TOCO.

JUEVES DE GEDEÓN



J. Xandaro

Nada de bromas, Calínez; hablemos hoy en serio. Así nos lo impone nuestro sincero dolor por la muerte de Silvela y la tristeza general que su prematuro fin ha producido.

—Hablemos en serio como deseas, pues tus palabras me parecen muy discretas. Justo es que rindamos nuestro homenaje de duelo y simpatía al hombre asqueado de la perpetua feria política, que se retiró á su hogar harto de las ordinarietas lacayunas que á sus ojos constantemente se ofrecían.

—Bien has dicho, Calínez; consagremos nuestro dolor á la memoria del único político español que, teniéndolo todo, no quiso nada; ó por mejor decir, quiso más, pues quiso quedarse á solas consigo mismo, renunciando para ello honores, dignidades, jefaturas y vanaglorias. ¡Sublime deleite de las almas exquisitas, que Villaverde no pudo ni podrá sospechar nunca!

—Deja en paz á Villaverde, querido Gedeón; déjale sumido en su absoluta y terrible vulgaridad. Sus ambiciones risibles determinaron el alejamiento de Silvela de la política, y por cierto que yo en su caso hubiese procedido del mismo modo, pues si es dura y fatigosa la pelea con los grandes, el luchar un día y otro con los insignificantes y minúsculos ambiciosuelos, espanta. Mil veces se ha preguntado la gente por qué D. Francisco abandonó de pronto la jefatura del partido conservador y la lucha pública. Yo he creído siempre que obedeció, al hacerlo, no á un movimiento del ánimo, sino á un movimiento del estómago. Se retiró á su casa, porque su dignidad personal y la delicadeza de sus gustos no le permitían ofrecer públicamente el espectáculo de un hombre afligido por las penosas sensaciones de la repugnancia. Su espíritu ateniense no se conformaba con esas fealdades de la vida. Hubiera Silvela preferido mil veces morir como Cánovas, que triunfar sobre algunos de sus correligionarios, perdiendo el estómago y el culto de su delicada personalidad en la victoriosa campaña. Hombre de finos matices, de ideas sutiles y exquisitas, el aire bajuno y la vulgaridad triunfante le aterraban. Comprendió que España en letras, en artes y en política era más cada día un país de beocios, y cedió el puesto á Villaverde, á Maura, á cualquiera, saludando sus labios con iguales irónicas sonrisas los atascos parlamentarios de D. Raimundo y las brillantes é insustanciales peroraciones de D. Antonio: la vulgaridad llana y la vulgaridad aparatosa, el hombre de peso y el arrebatador retórico, árcades ambos.

—¿No estarás equivocado, Calínez? ¿Tal influencia tuvo Villaverde en la retirada de Silvela?

—Sé que no me equivoco, Gedeón. D. Raimundo quería á todo trance dirigir el partido conservador, crearse dentro de éste una personalidad suprema. Para disminuir la de D. Francisco y para librarse de incómodos opositores y acrecer sus amistades y sus méritos, se le ocurrió lograr el ingreso de Maura en las filas conservadoras, soñando con ser nuevamente el Gamazo de éste; Villaverde impuso á Maura, contra todos los recelos y todas las antipatías silvelistas. Villaverde adjudicó á Maura el ministerio de la Gobernación ante unas elecciones generales, llave de la política futura, y Villaverde, hecho esto, que significaba la destrucción y la muerte del partido, se restregó las manos de gusto, creyéndose ya el insustituible dueño de la colectividad política, el heredero en vida del engañado D. Francisco, el Gamazo triunfante de los conservadores, no el malogrado y vencido de los liberales. Pero el gran hacendista, el perspicaz amigo de García Alix se equivocó como de costumbre, porque Maura no se resignaba, como él creía, á ser una segunda figura, un cuñado de Villaverde, sin haberse casado con ninguna hermana de D. Raimundo. Maura, dirigiendo las elecciones, se adjudicó desde el primer momento la parte del león, y trajo al Congreso infinidad de paniaguados, á quienes el país ni de nombre conocía; y teniendo ya á su disposición el coro, y siendo él tan sublime tenorino, la ópera, ¿qué duda cabe? era suya. Entonces comenzaron las conspiraciones y las intrigas villaverdistas; entonces empezó la guerra sorda y tenaz entre los Ibarra de Maura y los García Alix de Villaverde, y entonces Silvela, que ya se sentía el menor padre de todos, y que de inclinarse resueltamente al uno ó al otro bando hubiera precipitado la disolución del partido, optó por retirarse, salvando la delicadeza de su estómago de las bascas que aquellas ambiciones y aquellas cosas malolientes le producían.

—¿Pues no dijeron que...?

—Es posible también, Gedeón, que en medio del desastre de los hombres, hubiera confiado alguna vez en la serenidad de regiones más altas; es posible que soñara elevar la política española con un supremo y último esfuerzo á campos de ideal en los cuales floreciera nuestra regeneración y engrandecimiento... Es posible que le faltara esta última esperanza, y entonces, por no caer de nuevo en el charco pestilente de los renacuajos, se fué tranquilamente á su domicilio á acompañarse con los libros de su biblioteca y las plantas de su jardín. Si al prescindir de la política hubiese renegado de la abogacía, habría sido un hombre perfecto: lector y jardinero.

—¡Lástima grande de hombre; tenía un talento portentoso!

—Tan portentoso, que nunca fué más jefe del partido conservador sino al abandonar la jefatura. Ahí tienes un caso verdaderamente extraordinario, Calínez; todo se lo dejó á Villaverde ó á Maura, y ni Villaverde ni Maura han recogido nada. Para ser el uno ó el otro jefes de la grey conservadora, no les faltaba más que el talento de Silvela, y como esto no se lo podía transmitir con los chirimbolos del mando, continuó, á pesar de su apartamiento, siendo el jefe él. Por eso cuando yo vi desfilar ayer por las calles de Madrid el brillante cortejo de su entierro, cuando miré detrás del carro fúnebre la oronda persona de Villaverde disfrazada de gran uniforme, y me deslumbraron los casacones bordados de los Vadillos, de los Alix, de los Ugarte y Besadas interinos; cuando divisé el grupo correctamente triste de los mauristas, con la cabeza plateada por la retórica de D. Antonio al frente, tuve miedo de que el muerto se alzase de su ataúd, y colocándose graciosamente la mortaja á modo de manto griego, dijera: «¡Eh, que les entierren á todos esos antes! ¡Están más muertos que yo! Son la vulgaridad entre relumbrones y frases oratorias. ¡Yo fui el pensamiento, yo vivo!»

—¿Pero le enterraron?

—Claro. ¡Si llega á levantarse, le matan á puñetazos y pedradas otra vez!



Viaje de Gedeón

Gedeón, á instancias de sus numerosos amigos y admiradores, decidió salir para París con objeto de informarnos de cuanto ocurra en la ciudad *lumière*. Gedeón nos enviará interesantes crónicas del viaje y despachos telegráficos de cuanto les suceda á nuestros municipales y representantes de la Diputación provincial, en los boulevares, postales de Loubet y varios *camelots* para Vadillo, Ugarte, Cortezo, etc.

No yendo Villaverde, ¿quién más indicado que Gedeón para representarle? Conste, pues, que nuestro entrañable amigo lleva la representación de nuestro periódico y además la del presidente para todos los actos oficiales y los particulares cerca de las bellas *demimondaines*.

En cuanto Gedeón despidióse de don Raimundo, se fué á Telégrafos y puso á París el siguiente telegrama:

MUSA DE LA ALIMENTACIÓN
MERCADO DE MONTMARTRE

Imposible ir D. Raimundo por tener que hacer memoria. Salgo primer tren. Váyase



¿QUIÉN HEREDA?

GEDEÓN.—¿HAN ABIERTO USTEDES YA EL TESTAMENTO?
LOS TRES MUY TRISTES TROGLODITAS.—NO, SEÑOR; ESTO ES UN «ABINTESTATO»

vistiendo, ó lo contrario, como vous plait.—
Gedeón.

Nuestro formidable amigo pensó en salir, añadido á los grupos que han movilizado estos días *La Correspondencia de España* y algunos centros; pero enemigo declarado del régimen de las mayorías, optó por ir solo, acompañándole Calínez hasta el Escorial, donde se despidieron los dos inseparables amigos con un abrazo, delante de la fábrica de chocolates.

CALÍNEZ—MADRID

Llegué sin novedad á la frontera. Fui á cambiar dinero español por francés y me devolvieron doce ó catorce francos y algunos perritos grandes. Yo creía que en obsequio á nosotros y para mejor estrechar los lazos, los francos los habían puesto á la par, como uno de los mejores festejos, pero je suis trompé, mon cher Calínez. Bueno sera que digas, para evitar torcidas interpretaciones, que el viaje lo costeó de mi bolsillo particular.

A demain une longue lettre. Mille bonnes amitiés Calínez.—Gedeón.

Calínez, lleno de júbilo, y como aún nosotros no tenemos transparente, mandó el anterior telegrama al Salón del *Heraldo*.

Cuando nos disponíamos á cerrar el número, nuestro ilustre jefe Gedeón nos envía el siguiente despacho:

Acabamos de entrar triunfalmente en París. ¡Qué asombro, Calínez! ¡Qué recibimiento! ¡Qué delirio! La única nota triste ha sido la ausencia de Villaverde. Todo el mundo me pedía noticias tuyas. Algunas horizontales llevan en elegantes dijes el retrato de D. Raimundo á dos colores, con una inscripción que dice: «¡Viva le president espagnol! ¡Olé!» La Musa de la Alimentación, inconsolable. ¡Con decirte que á mis años la he tenido que consolar!... ¡Figúrate qué compromiso! A D. Raimundo le hubiera sido más fácil. Anuncia á nuestros escasos lectores crónica pintoresca.—Gedeón.



Gedeón, moreno

Ya vamos acercándonos al ideal de los estrenos!... La otra noche, en el teatro Moderno, varios espectadores se enredaron á estacazos á propósito de la bondad de la obrita. La obrita era del género chico, pero el escándalo fué del género grande.

Y á este propósito, algunos apreciables revisteros lamentan que el público no sea más correcto en sus manifestaciones de desagrado.

Piden que se silbe con sordina, como si dijéramos.

La recomendación es audaz y sorprendente, porque si protestando con el ruido natural ni las empresas ni los autores hacen caso, ¿qué iba á pasar si protestáramos con *cold-cream*? Ahí está, por ejemplo, el teatro Cómico, que sale á grita por estreno, lo que no le impide anunciar al siguiente día todas las obras pateadas, como «extraordinariamente aplaudidas»... ¡Sí que es extraordinario!...

¡Bueno está el publiquito para que le recomienden nada!... Ahora mismo se ha atrevido á protestar *Miss Helyet*, la preciosa opereta de Audrán, sancionada

ya por dos generaciones. No silbaron precisamente la opereta, sino una especie de extracto Liebig hecho en un acto por el aventajado joven Sr. Granés; pero casi es lo mismo. Y eso que, extractada y todo, *Miss Helyet* vale bastante más que la mayoría de las gansadas con que se abastecen nuestros teatros por horas.

¡Cómo nos han estragado ustedes el gusto, nobles currinches! Tanto, que en vista de las *cosazas* que hoy se estilan, me chocó que aplaudiéramos en Lara *La novatada* del bizarro autor é ingenioso militar (he puesto los adjetivos al revés, pero así los dejo) D. Juan de Castro.

La novatada es un título en camelo. Sabiendo que su autor es oficial de Infantería, todos pensamos que aquello sería algo de la Academia. Pues, no señor; es una novatada amorosa. Este es el camelo, más propio que de D. Juan de Castro, de D. Cristóbal de *idem*, brillante cronista y cultivador de la batata.

Y ahora veo que este pequeño articulo va lleno de bombos á los autores... Gedeón, moreno, no ha nacido para eso, me dirá algún *desigente*. Y yo le contestaré, defendiéndome:

—¡Ya me meto con el público...! ¡No sea usted ansioso!... (La cuestión es meterse con alguien.)



La amargura de Raimundo

POEMA EN UN CANTO

I

¡Pobre Raimundo!... En su uniforme preso —que por cierto le está bastante largo,— pasó un rato tristísimo y amargo cuando fué á despedir el tren expreso, cumpliendo los deberes de su cargo.

Entre tantas personas principales, ostentó, como siempre, su figura; mas no pudo ocultar esas señales que deja en los mortales la caricia brutal de la amargura. Pues la amargura es un castigo viejo con que el Señor en su igualdad humilla lo mismo á un presidente del Consejo que á un oscuro manguero de la villa.

II

Fingió en su aspecto la perfecta calma, pobre disfraz de su aflicción enorme, sin pensar que á través del uniforme se le iba viendo al infeliz el alma; y así, cuando velaba sus enojos con intención de aparecer risueño, de su casaca los bordados ojos lloraban la tragedia de su dueño.

—Mira qué triste viene (murmuró una marquesa á su vecina); algún dolor inconfesable tiene de los que exigen pronta medicina... —¡No trae hoy buen semblante!... gruñó un alto empleado... —¿Sabe usted que su aspecto es inquietante? le dijo á un senador un diputado...

...Y de uno al otro lado de aquel andén que á la sazón hervía, la pregunta fatal sobre su estado cual reguero de pólvora corría... Y ya un poco intrigado todo el mundo, con intención no escasa se decía: «¿Qué tiene don Raimundo? Algo se nota en él. ¡Algo le pasa!...»

III

Si para contestar á estos monólogos se hubiera producido en tal momento el fenómeno, grato á los psicólogos, que se suele llamar *desdoblamiento*, de Villaverde el alma desdoblada presentándose á todos al instante

mostraría la pena almacenada que en vano disfrazó con su semblante. Y el otro yo que en su interior anida, relatando con voz desconocida franco, leal, verídico y entero, ese dolor sincero que amargó los instantes de su vida, seguramente á todos convenciera de los terribles males que la viscera causa, traicionera, que llaman «amor propio» los mortales. Mas su otro yo permaneció en su puesto, porque Dios ha dispuesto, para evitarnos múltiples dolores, que nunca ¡nunca! la franqueza estalle... Si viven esos yos en interiores, ¿van á tener ventanas á la calle?

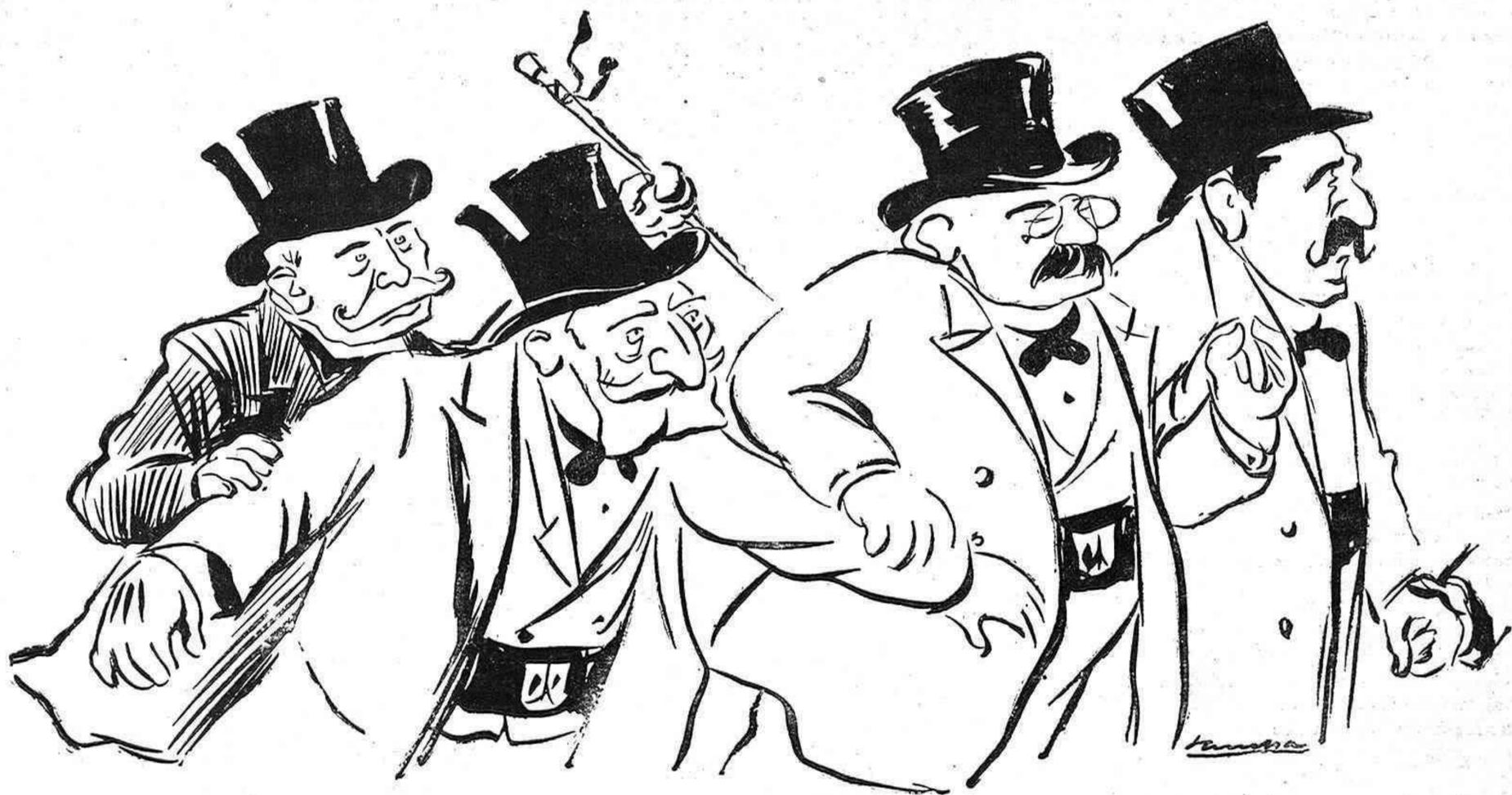
IV

Yo conozco su mal, y el mundo entero que lo conozca quiero, pues ya tanto callarlo me fastidia... Villaverde y García del Rivero del pobre Villaurrutia tiene envidia. Le ve ocupar su puesto; ve que toma cierto aire que demuestra su importancia porque sabe el idioma... ¡Ingrato idioma! ¡Si todo el que pregunta llega á Roma, quien no sabe el francés no llega á Francia! Por este inconveniente su puesto le dejó de Presidente, y á tanto honor con aflicción renuncia, pues piensa á ratos que dirá la gente: «¡No sabe hablar francés! ¡Ni lo pronuncia!» Y ¡oh qué lamento de sus labios brota, considerando, de su fama en mengua, la tristeza moral de esta derraída por falta del manejo de la lengua! Grandes sofocos en silencio pasa ya convencido, á su pesar sincero, de que es un genio para andar por casa, mas no para salir al extranjero. Y llora entonces los pasados días tan mal aprovechados, las lecciones tardías con dómicos severos é ignorados, á quienes hoy desprecia porque no le enseñaron en su infancia ni como ayer hablaban Roma y Grecia ni como hoy hablan Inglaterra y Francia... ¡Cuán en serio lo tomas, pobre Raimundo!... Tu dolor es vano: tanta falta y aun más que esos idiomas te está haciendo el saber el castellano.

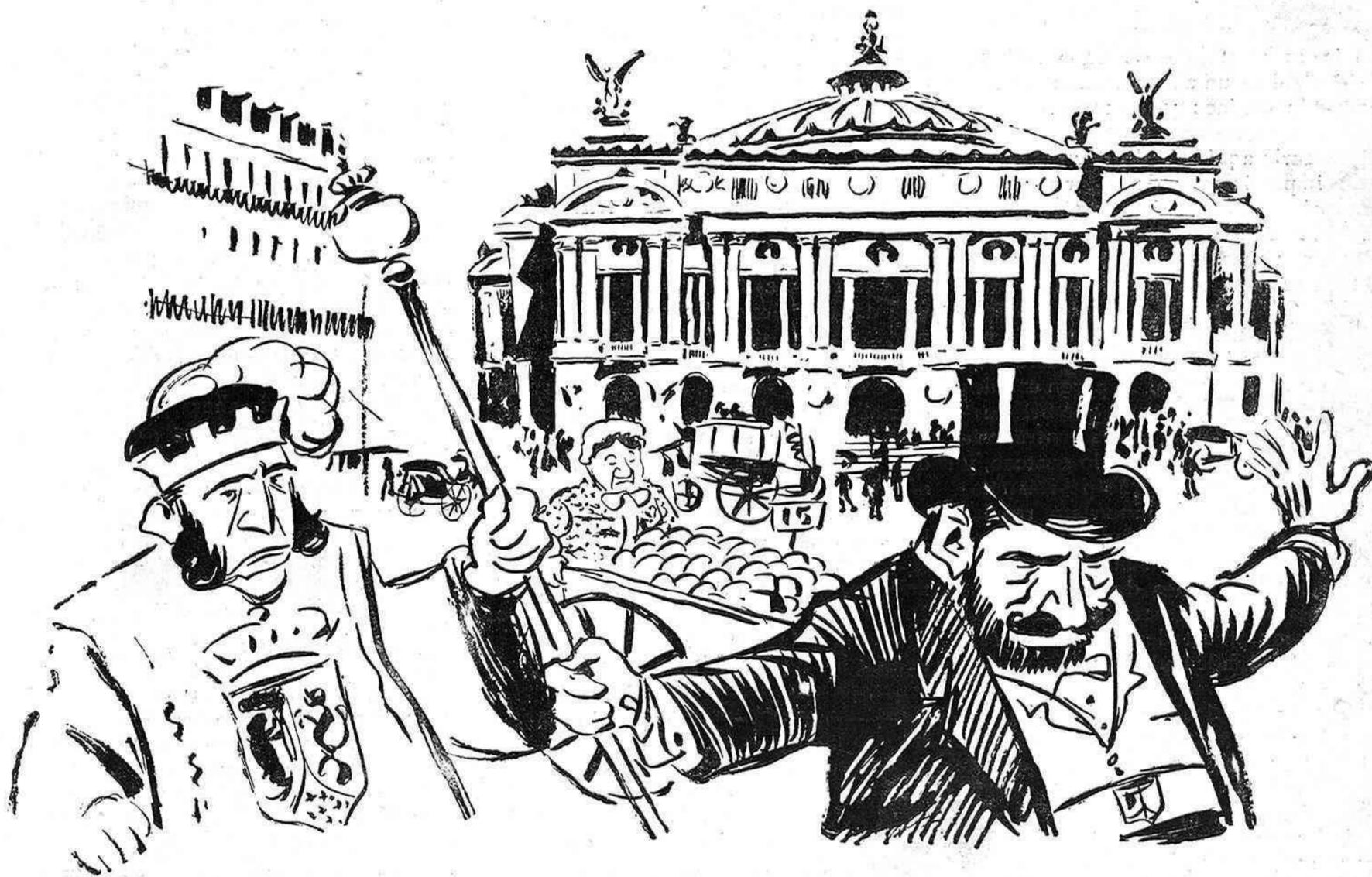
V

¡Cuánto recuerdo á su memoria viene! ¡Cómo por el pasado se despeña! ¡Quien no se explique lo que el triste enseña, no tiene corazón, ó si lo tiene será de bronce ó peña... ¡Pobre Raimundo!... En su uniforme preso —que por cierto le está bastante largo— pasó un rato tristísimo y amargo cuando fué á despedir el tren expreso, cumpliendo los deberes de su cargo... Y como, al anunciar que no marchaba, disculpó su conducta ante las gentes diciendo que á la fuerza se quedaba porque necesitaba graves problemas estudiar urgentes, unos taimados y otros inocentes, todos en la estación, al saludarle, para aumentar lo horrible del mal rato se apostaron sin duda á preguntarle por el trabajo del estudio ingrato. Y el pobre Presidente del Consejo recibió resignado la avalancha y rió con la risa del conejo, pensando en lo infinito de su plancha. Partió el tren, aplaudido y aclamado, y Villaverde se marchó de prisa, más triste que al llegar, más amoscado, «con una turbación que daba risa». Y es fama que al lanzar, según costumbre, la máquina del tren ese silbido del humo precursor y de la lumbre, se perdió entre la espesa muchedumbre murmurando: «¡Es á mí: ya estoy lucido!»

GIGANTES Y CABEZUDOS, O NUESTROS CONCEJALES EN PARÍS



POR VER A PARÍS DE FRANCIA,
VENIMOS AQUÍ AGARRAUS...
VINIMOS EN EL *ESLIPIN*,
¡REDIEZ. LO QUE HIMOS GASTAU!



... Y GRACIAS A QUE TODO LO HA PAGAU EL BUEN PUEBLO DE MADRID.

NOTA. ESTO ÚLTIMO NO SE CANTA, SE BAILA.

Como el rayo, veoz, partió en su coche dejando atrás la amable comitiva...
 ¡El terrible recuerdo de esa noche no podrá abandonarle mientras viva!
 Confundido y maltrecho,
 los síntomas sintiendo de la fiebre,
 temblando todo se coló en el lecho,
 como se cuela en su mansión la liebre.
 Y apagadas las luces de la alcoba,
 inclusive la amable lamparilla,
 vió ese fantasma que el reposo roba,
 ¡la tenaz, la horrorosa pesadilla!
 Tuvo miedo... Mas ¿quién está seguro cuando se encuentra en el feroz martirio de ver, como obedientes á un conjuro, esas sombras que bailan en lo obscuro los fantásticos vales del delirio?
 Pensó gritar lo mismo que un pequeño; la blanca holanda sofocó sus quejas...
 ¡Ay! si el insomnio se proclama el dueño de nuestras noches, el llamar al sueño es llamar á Cachano con dos tejas...
 Y así el pobre Raimundo, acobardado, pensando en las mudanzas del destino, en su cama acostado
 contó todas las horas, desvelado,
 que dió el reloj de cuco del vecino;
 mientras, vió que bailaban
 unas lenguas, con salsa, de ternera,
 y otras figuras vió que se burlaban todas de todas con la lengua fuera...
 Y al terminar la horrible pesadilla,
 que jamás borrará de su memoria,
 sintió tres golpes repicando á gloria...
 Era una pobre codorniz sencilla...
 ¡Dulces recuerdos de la antigua historia!



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

El joven poeta D. Mariano Miguel de Val es un amigo íntimo de Gedeón y de Calínez y ya comprenderán ustedes que no vamos á incurrir en la tontería de darle aquí un palo por echárnoslas de imparciales y de incorruptibles. ¿Para qué quiere uno á los amigos, sino para darles bombo y viceversa?

Pero, aun cuando no fuera amigo nuestro, tampoco le daríamos un palo por su libro *Edad dorada*, que acaba de publicar y que pueden ustedes adquirir si no hallan cosa menos honesta y más gustosa en que gastar 3,50 pesetas. Reparén ustedes qué picarillos somos y con qué bribonería introducimos la ingeniosa contraposición de lo poco honesto con lo gustoso, y tal. Verdad es que por 3,50 pesetas tampoco es fácil que lo inhonesto resulte gustoso... y crean ustedes, jóvenes, á nuestra vieja experiencia en estos asuntos. De suerte que, en caso de no poder sacrificar más de 3,50 pesetas al gusto, más vale que compren ustedes el libro de Val, *Edad dorada*, donde nada hay pecaminoso ni expuesto.

Podrá ser que los versos de Val no le gusten á alguno de esos poetas que cantan á las princesas vaporosas ó vaborosas ó vagarosas, como se diga, y al mismo tiempo descuidan lamentablemente el aseo de las uñas, si que también el de los oídos y aun el del cuero cabelludo. De éstos pudiéramos presentar algunos ejemplares... pero no vale citar nombres.

Con todo y con eso, los versos de Val son mucho mejores que los que han lle-

vado á la Academia á y los que amenazan conducir al mismo sitio á Grilo, si Apolo no lo remedia, que no lo remediará, porque Apolo ha renunciado, ya hace tiempo, á luchar con los Pidales.

Decir que los versos de Val aventajan á los de Cavestany y Grilo, no es un elogio desmesurado, ciertamente; ni tampoco lo será el ponerlos por cima de los de Jackson Capúz, ese genio del verso malo.

No; Val, nuestro buen Val, es incapaz de concebir una redondilla como la famosísima de Jackson Capúz:

¿Quién lo quiere con ahinco?
 ¡El más gracioso y gentil!
 Mírelo usted. El cinco mil
 seiscientos setenta y cinco...

A genialidades de este calibre no se llega sino después de haber cultivado amorosamente el ripio durante largos años.

Val no llegará nunca á eso; lo aseguramos. Y no decimos esto porque nos parezca demasiado joven. ¡Quiá! De seguro que tan joven como Val, ó poco menos, es D. Emilio Bravo, autor de un incomparable é imponderable libro que se titula enigmáticamente *Las batallas del amor. De distinta cuna*.

Este libro ¡asómbrense ustedes! no está escrito en verso, sino en prosa ó, mejor dicho, en algo que quiere parecer prosa, pero que no lo es, de fijo, y, sin embargo, en 308 páginas no contiene más que ripios. Es un puro ripio todo él.

Tanto que nos extraña muy mucho no ver figurar al Sr. Bravo entre los jóvenes colaboradores de la *Biblioteca Patria*, entre el autor de *La tonta* y el Sr. Santander, de quien hablábamos el otro día.

Francamente, *Las batallas del amor. De distinta cuna* y *La tonta*, parecen dos medallas acuñadas en el mismo troquel—como dirían sus respectivos autores—ó bien vaciadas en la misma turquesa—como acaso dijera también su compañero el Sr. Amor Meilán. (Véase, si se quiere, uno de los próximos pasados números de GEDEÓN.)

¿Cómo se le habrán quedado las meninges al Sr. D. Emilio Bravo después de escribir *De distinta cuna. Las batallas del amor*? No es fácil imaginarlo. La novela del Sr. Bravo parece escrita por... por... ¡caray! ¿por quién dirán ustedes? Por D. Francisco Romero Robledo, en ese estilo que se gasta el hombre cuando, encarándose con el más alto poder del Estado, le dice, como le dijo el otro día, que ahora, *gracias á la facilidad de comunicaciones*, los soberanos podían y pueden resolverlo todo en breve tiempo y gozar los encantos de los países extranjeros. Vean ustedes cómo caracteriza, de mano maestra, un personaje el Sr. D. Emilio Bravo, en la primera página de su libro:

«La condesa de Castro-Urdiales es una de las figuras más importantes de la aristocracia española: su nombre es el de *Fernanda*, y está emparentada con las casas más nobles de la grandeza.»

Realmente no se comprendería muy bien que estuviera emparentada con las casas más nobles de la plebe. Pero si-gamos:

«Los cuarteles de sus escudos son blasones de los antiguos reyes de Castilla.»

¡Vean ustedes si es intencionado el don Emilio! Claro está que la suya es una obra de doble fondo: y como sólo hay

dos ó tres casas grandes que tengan en sus cuarteles los blasones Reales de Castilla, ya estamos figurándonos que el señor Bravo va á tener un disgusto con cualquiera de ellas. Pero continuemos gozando. Ahora verán ustedes con qué sobriedad y con qué garbo, en cuatro pinceladas, deja hecho el retrato del papá de la condesa:

«Su padre, el duque de la Rivera, general retirado ya por su ancianidad, fué un valiente militar, que peleó con noble empeño en las guerras que se sostuvieron en Africa contra el imperio marroquí.»
 ¡Bravo, señor ídem! Sólo hay un pequeño inconveniente, y es que esas guerras de que usted habla con tan encantadora vaguedad no fueron *guerras*, sino *guerra*, una sola, la conocida guerra de Africa, que se sostuvo en 1859-60 por O'Donnell, Prim, Zabala y demás valientes caudillos, según saben los niños de la escuela.

«Su aristocrático linaje —añade tan fresco el Sr. Bravo—que en línea recta descende del noble conde de *Trasamara*, —¿De cuál? ¿Cree el Sr. Bravo que no ha habido más que un Trastámara?—le *hacia poder alternar con reyes*.» Vea usted otra cosa difícilísima. Porque reyes, aquí no hay más que uno y eso de *alternar* tiene un carácter frecuentativo poco asequible á un general «retirado por su ancianidad,» etc. Mas ahora viene lo bueno:

«Por su caracter era todo un señor de la Edad Media; apegado á lo antiguo, refractario del moderno sistema (¿qué sistema será ese?) que tiende á la igualación de clases por medio del talento individual y de la fortuna adquirida con el trabajo, *cifra sólo el ensueño de sus ilusiones* en los gloriosos timbres que le dejaron sus antepasados. *Su amor patrio, fundido en el crisol de los desastres nacionales* que trajo consigo la instauración de la República en España...» ¡Uf! No podemos seguir. Es demasiada verdad tanta belleza. Y no vayan ustedes á creer que es así una página ni dos. Así es todo el libro. ¿Conocen ustedes nada más formidable?

Claro está, amigo Val, que con libros tan fuertes y originales como éste, no es posible luchar. Ya lo comprendemos y lo lamentamos. Donde está el Sr. Bravo y su prosa, que se quiten todas las *Edades doradas* y los versos.

Nosotros, desde ahora mismo declaramos la novela del Sr. Bravo nuestro libro de cabecera... y que descansen el cloral, el sulfonal y el trional por unos cuantos días.



... y armas al hombro

Pues, señor, vaya un tiempesito que se está terciando para bromas!

Todo se nos vuelve entierros, lutos y escenas desgarradoras.

Lo más desagradable que hay en este mundo no es morir: es que los periódicos salgan contando todos esos pormenores clínicos en que se meten á lo peor, para perturbar las digestiones de sus lectores y faltar, de paso, á todos los principios de la ciencia.

En fin, todo sea por Dios. ¡No somos

nadie!, como dice Villaverde mirándose á la barriga, sin alcanzar á verse la punta del pie derecho, cosa que le sucede ya hace algunos años.

Verdad es que tampoco le ha visto nadie la susodicha punta tiempo ha.

De todos modos, mirando á Villaverde, á Maura y á todos los demás vivos



que iban en el cortejo fúnebre, sacamos la convicción que se adquiere aquí siempre, indefectiblemente, al ver un entierro.

La de que era mayor el difunto.

A la cual suele agregarse otra persuasión terrible.

La de que para tratar con los señores del acompañamiento, más vale morirse.

Y como morir es dormir, según dijo... quien todos sabemos (todos, no; pero nosotros queremos dejar en esta horrible duda á García Alix, que lo ignora), vean ustedes á Villaurrutia, recién nombrado senador vitalicio, haciendo los preparativos más útiles para usar bien y fielmente de tan honorífico cuanto soporífero cargo.



¿Que qué hace?

Ya lo ven ustedes: probándose un gorro de dormir completamente trilingüe.

¿Qué suerte la de Villaurrutia!

Le regalan un cargo en que no tiene que hacer sino dormir y, para colmo de dicha, él puede soñar en tres idiomas.

¿Hase visto nunca gollería semejante?

Lo que tendrá gracia será la explicación que él dará acerca de su nuevo cargo si le preguntan algo en el extranjero.

—¿Qué es eso de senador vitalicio?— le interrogará Delcassé.

—Hombre—contestará nuestro trujamán—yo no lo sé bien todavía, porque aún no he estrenado el cargo, ni siquiera me hice el uniforme; pero desde luego aseguro que es una cosa comodísima y que no acarrea ningún quebradero de cabeza.

—Bien: eso debe de ser como una entrada gratis en ambas Cámaras.

—Justamente: es una cosa que se usa para cuando á un señor no le quieren elegir senador ni diputado porque no tiene ropa con trencilla, ó porque es bizco ó por otras cosas más feas. Le dan á uno una senaduría vitalicia y tan campante.

—Pues sí que es cómodo.

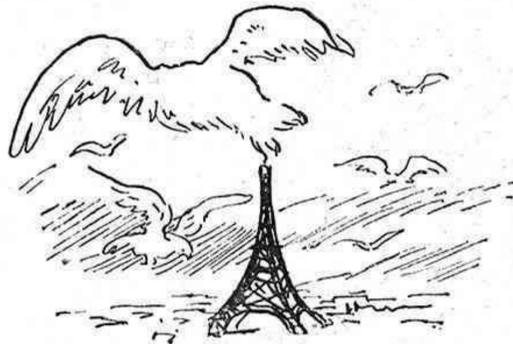
—Es cómodo como un pase del tranvía. No se paga, y la única dificultad está en que lleguen á conocerle á uno los cobradores. Porque, mire usted, al César Vi-

llar, un general muy guapo que tenemos allí, le sucedió lo mismo y dos ó tres veces que ha querido entrar en el Senado á echar unas cartas gratis, no le conocieron los porteros, y tuvo que promover una batalla, de la que, afortunadamente, salió victorioso.

Hemos recibido una infinidad de postales, cintajos y otras chucherías franco-españolas que nos envían de París y que prueban cuán sólidos son los lazos, etc., etc.

Desde el punto de vista de las corbeilles, las banderas y los gallardetes, todo ha marchado á pedir de boca.

Únicamente las palomas y los pichones, según nos telegrafian, cruzaban el aire dominados por un sentimiento que no vacilamos en calificar de escama.



Por fortuna, se convencieron pronto de que su alarma no tenía justificación plausible, por el momento.

Y es lo que decía un pichón francés á un pichón español:

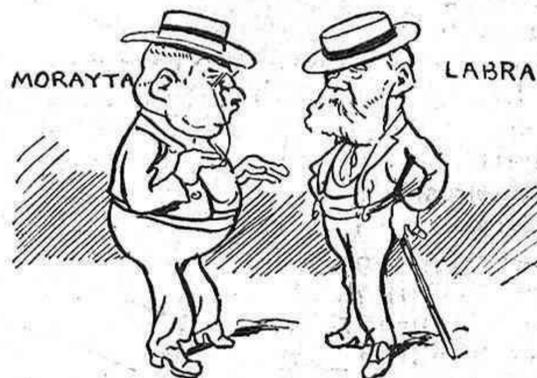
—Para nosotros, *mon ami*, sí que hay Pirineos.

Y ya que hablamos de cándidos palomos, ¿por qué no acordarnos un poquito de nuestros buenos y ridículos amigos los republicanos de acción ó de lo que sean?

Ya estarán ustedes al tanto de la terrible significación que entre varios abonados á la acera del Oriental se daba á los sueltos misteriosos y á los telegramas mechados con puntos suspensivos, que diversos diarios publicaban estos días.

Todo paró en que los Sres. Labra y Morayta estuvieron en Sevilla intentando realizar la hazaña más increíble que se ha acometido desde que hay republicanos en el mundo.

Darles la coba á los sevillanos.



Por supuesto, que en cuanto oyeron hablar á ambos distinguidos y lateros preopinantes, se resucitó en Sevilla el anticuado timo:

—Y de la niña, ¿qué?

Y todos los sevillanos, y aun con ellos coincide el resto de la Península, están conformes en la opinión de que la niña (¡viva la niña!) de D. Nicolás, es esa niña supuesta del portugués, de la que tanto se habla estos días.

Habrás, pues, que variar la cantata ¡oh, mis queridos conciudadanos Nerones!

Y gritar:—¡Viva la niña del portugués!

Mientras tanto, y en vista de que los Jardines del Buen Retiro *meraron*, las damas de nuestra aristocracia han tenido á bien formar apretada piña, como dijo el otro, en derredor de la genial Loreto.



Así, al menos, ha tenido la feliz idea de comunicárnoslo un aplaudido revistero de salones.

No comprendemos nosotros cómo ni por qué arte va á reemplazar la genial Loreto (que á nosotros no nos parece tan genial ni mucho menos), al fresco que se sentía en los Jardines.

A no ser que hagan de frescos los autores que concurren al teatro ese.

Verdad es que también podían hacer de frescos algunos actores de esos que han echado á puntapiés... morales, de su sociedad al presidente honorario Sr. Díaz de Mendoza.



El Sr. Díaz de Mendoza es un actor detestable; eso ya es cosa convenida, y es un secreto que estamos guardándonos aquí no sabemos por qué entre varios críticos y muchos espectadores; pero el señor Díaz de Mendoza fué elegido presidente honorario por aclamación, y los señores cómicos se derretían de gusto en cuanto le veían pasar en ese automóvil que tiene, que parece el cuarto trasero de un tranvía cangrejo, y bajaban á recibirle á la estación y le daban ¡vivas! y el Sr. Díaz de Mendoza se sentía *buen príncipe*, y agasajaba á sus vasallos, digo, á sus colegas, con una de esas sonrisas que tan bien le salen en la calle y tan mal en las tablas.

Pues, nada; ahora, de repente, resulta que el Sr. Díaz de Mendoza no ha hecho nada por la Asociación, y ésta le declara la guerra; y hay cómico que hasta desprecia el egregio automóvil del Sr. Díaz de Mendoza, y asegura que la Sra. Guerrero tiene un sonsonete nasal insufrible, cosa que ya habíamos notado también todos, si bien la albergábamos en los más ocultos repliegues de nuestro corazón. ¡Cómo cambian los tiempos y qué malos son los cómicos, tanto el Sr. Díaz de Mendoza como sus enemigos!

Bien dice Villaverde:—¡No somos nada!—Y se mira la punta de la bota, sin lograr vérsela, á causa del abdomen.



LAS MARAVILLAS DE PARIS

VIAJE AMENO É INSTRUCTIVO

EL CICERONE.—VEA, MONSIEUR, VEA; ESTE ES EL METROPOLITANO.

GEDÉÓN.—SÍ, SÍ; PARA METROPOLITANO, UNO QUE TENEMOS NOSOTROS EN BARCELONA.

NOTA BENE.—YA SABEMOS QUE NO ES METROPOLITANO; PERO COMO SI LO FUERA.